



## Ultima Carta de Don Quijote a Sancho

A punto de morir de amarga muerte que me deparan Curas y Carrascos, hoy me place escribirte cual solia en épocas mejores mi buen Sancho.

Tú lo sabes

Belianis, Florismarte, Palmerín, templaron el valor deste mi brazo, y Amadis, que de Urganda es noble amigo, me enseñó que el amor nunca fue vano.

Tales los guías que el destino puso junto a mi vera, yo, de claro en claro, sus razones bebí pues no catara hasta entonces mi sed mostó que tanto embriagara cual logran los que saben hacer de la verdad sólo un engaño.

Rocinante llevóme por senderos que mi impaciencia denostaba largos y en los que, tú lo sabes, los castillos en ventas convirtió Frestón el mago. Desfací entuertos, desmañé gigantes, por doncellicas se esforzó mi brazo y de triunfos en éstas las mis lides nunca el destino resultóme avaro.

Más vino luego el que juega niño, ciego inocente, con sutiles dardos,

y fue mi dulcinea la que supo colmar de mi tristeza el triste vaso. Nunca miraron ojos cual los suyos que de la aurora son Adelantados.

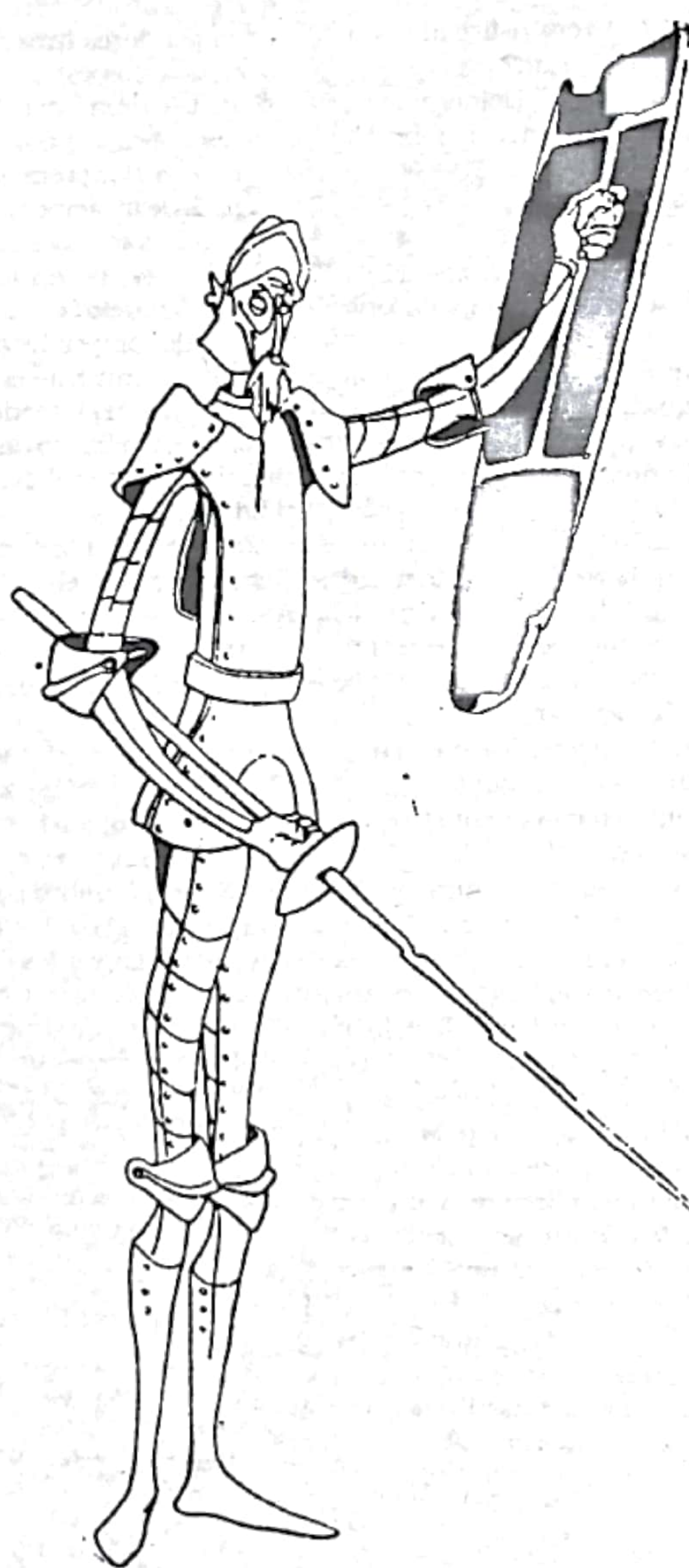
Es por ella, por ella, tú lo sabes, que cantan en el alba los regatos y por ella, también, que de penare: vivió muriendo aqueste herido hic'...go.

Fue mis Filis, Angélica, Luscinda, Madásima la Reina, fue el regalo que me hicieron los dioses al quererme de suspiros Señor, Señor del llanto.

Por ella fui a la vez don Durandarte, Montalván valeroso, triste Orlando, gemidor Espladián, Rolando el fuerte y el dulce Darinel enamorado,

pues siendo aquel amor suma de todo, por todos supe amar sin ser amado. ¡Ah tiempos los de ayer, tiempos mejores para siempre perdidos mi buen Sancho!

Para qué recordar si la memoria es de los dones el más cruel y amargo. Más debo referirte los motivos



Solón - Romero

que inducen a escribirte tan al cabo, a quien urgido a morir ya muere por culpa de Sansones y Carrascos. la razón recobré. Tal lo confirman quienes odian la estrella y el milagro y el don Quijote que hasta ayer soñaba ha retornado a ser el buen Quijano. Siempre el soñar condujo a desventura. Por soñar fuimos ambos, buen hermano, dos ilusos que hicimos nuestras armas en combates que a todos son extraños. molinos convertimos en gigantes y llamados a expiar todo pecado, a diario equivocamos los yangüeses que nos midieron con sus duros palos.

Dulcinea, hermano, fue mentira y sólo fé verdad, lo de mi llanto. Hemos marchado por el mundo solos creyendo que mi lanza iba alumbrando. Ya la he guardado. Para siempre duerme. No pretenda tomarla algún villano, que de saberlo de mi tumba fuera capaz de levantarme, y llamando a la tuya, oh espejo de escuderos, para siempre librando de villanos, este mundo destruirlo de un lanzazo.

(La verdad, es muy triste, tú lo sabes. La locura otra vez ronda mis pasos y temo que me sigas pues naciste con la peor levadura: No eres malo.)

Volvamos al motivo desta carta. Escudero sin par, amigo Sancho: Olvida de luceros y de insulas y piensa que, demente, del peor barro, quise arrancar estrellas porque alumbren los senderos del mundo tan amargo.

Para siempre es mi adiós. Eso era todo. No me llores, amigo, son tan raros los que aún saben llorar... me voy sin pena. Limpíate las narices. Estoy cansado. No me llores, amigo, no me llores. Que Dios te dé su paz, hermano Sancho.